

# Un artículo costumbrista sobre Betanzos, de Emilia Pardo Bazán

CRISTINA PATIÑO EIRÍN\*

El 24 de Julio de 1893, hace prácticamente un siglo, apareció en el periódico madrileño *El Imparcial* un artículo firmado por Emilia Pardo Bazán cuyo título rezaba "De mi tierra: El "Mediado" en Betanzos". Dicho artículo, escrito a raíz de una visita veraniega a la ciudad brigantina, será recogido más tarde por la autora en uno de sus magníficos libros de viajes, *Por la España pintoresca*, cuya fecha no consta en la edición barcelonesa pero que podemos datar en torno a los años 1895-1896 (1). A pesar de alguna reedición de este libro a principios de si-

glo —que se puede ver en la Real Academia Gallega, en la Biblioteca General, de Santiago, y en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, de Santander— los artículos que la autora coruñesa escribió a medida que recorría la Montaña santanderina o las calles toledanas han permanecido en su mayor parte olvidados desde entonces. Es lástima que esto sea así, dado el interés indudable que presentan. En este trabajo hemos querido exhumar uno de los que nos conciernen más directamente: el que se ocupa de describir la ciudad de Betanzos (2).

\* Cristina Patiño Eirín es Licenciada en Filología Hispánica y Románica por la Universidad de Santiago de Compostela y actualmente está realizando su tesis doctoral, bajo la dirección del Profesor Don José Manuel González Herrán, y su título es *Emilio Pardo Bazán: teoría, historia y crítica de la novela*.

(1) Antes de esa fecha, el domingo 30 de Julio de 1893, tan sólo seis días después de su aparición en *El Imparcial*, el periódico *Las Mariñas* (n.º 168) recogía, por primera vez para un público netamente brigantino, el artículo que nos ocupa. En el mismo periódico y el domingo anterior, 23 de Julio, en la sección titulada "Crónica de las Mariñas", se lee: "El último domingo, día de la feria del mediado, hubo en esta ciudad muchos forasteros de los que veranean en las quintas de las mediaciones.

También estuvo el 16 en esta ciudad la escritora doña Emilia Pardo Bazán y su señora madre la condesa del mismo nombre".

(2) Se trata del artículo en su primera redacción. Esta versión primigenia es la que aparece en los periódicos *El Imparcial* y *Las Mariñas*, así como en el libro *Por la España pintoresca*. Con posterioridad, ya en nuestro siglo, a instancias de un hijo ilustre de Betanzos, don Francisco Vales Villamarín, que fue secretario particular de la Condesa, saldrá en la revista *Betanzos MCDXVI-1916*, con una serie de modificaciones procedentes de la pluma de la autora. Como cuenta el señor Vales Villamarín: "Por juzgarlo de sumo interés, quise reproducir el citado trabajo [se refiere a "El Mediado en Betanzos"] en el folleto que, en agosto de 1916, un grupo de entusiastas brigantinos hubo de consagrar al bienaventurado peregrino de Montpellier, patrono tutelar de mi ciudad, con motivo del quinto centenario del voto formulado por la misma —que aún hoy sigue cumpliéndose celosamente— y para ello solicité de la esgrevia dama la obligada autorización que, complacidísima me otorgó, introduciendo en el texto, a mi vista, curiosas modificaciones" (*La Coruña, paraíso del turismo*, verano de 1970). Dichas modificaciones afectan a un corto número de términos. Son, en su mayoría, supresiones de palabras o bien sustituciones por otras que enfatizan la expresión. Don Francisco Vales Villamarín llama la atención sobre el hecho siguiente: "Obsérvese la tachadura que la condesa se permitió hacer en la expresión referente a los juguetes alemanes, [el texto corregido suprime el segmento "alemanes, tiesos hulanos de plomo" e inserta en su lugar el adjetivo "baratos"], considerada entonces por ella, debido a su acentuada germanofilia —compatible, eso sí, con la fervorosa admiración que sentía por la cultura gala— como irrespetuosa e impropia, por consiguiente, para ser mantenida en letras de molde. Sucedió esto que cuento en el mes de julio del mencionado año, aterrado el ánimo ante aquel pavoroso conflicto bélico que seguía sembrando de cadáveres los campos europeos". (art.cit., 1970).

Son apuntes de un viajero curioso que quiere hacer partícipe al lector de sus impresiones. No está ausente de ellos un cierto resabio costumbrista, a la manera de Estébanez o Mesonero, aunque tampoco sería descabellado asociarlos a las minuciosas descripciones del Naturalismo, a sus célebres lecciones de cosas. La descripción de la muchedumbre que acude a la feria de mediados de mes es elocuente en este sentido; no se le escapa nada a la mirada de una novelista que, como doña Emilia, había cultivado con éxito el género narrativo.

Perfecta conocedora de la geografía topográfica y moral de Galicia, —en la misma línea que sus contemporáneos Galdós, Pereda, Palacio Valdés, Oller, Blasco Ibáñez lo fueron de Madrid, Santander, Asturias, Cataluña y Valencia respectivamente—, había proporcionado al público en la década anterior dos muestras señeras de su conocimiento de la realidad gallega: las novelas de los Pazos (*Los Pazos de Ulloa* -1886- y *La madre Naturaleza* -1887-). En aquella ocasión sus personajes se movían en el espacio que pone en contacto las provincias de Orense y Pontevedra.

Al hablar de Betanzos lo hace desde el punto de vista del viajero documentado y culto, conocedor de la comarca y de su pintoresquismo. De ahí que su relato entrevere numerosas referencias histórico-culturales en el discurrir de un estilo siempre cromatista y literario. Ya hemos aludido al empleo de una paleta rica en tonalidades vigorosas como las de un Sotomayor al mencionar la pintura de la feria en la plaza, verdadero ejemplo de descripción pardobazanianiana. Por otro lado, el recorrido puntual de la ciudad desde la capilla de la Angustia hasta las casas próximas al río y al puente demuestra que quien escribe ha transitado repetidas veces los caminos y las calles de Betanzos. Su erudición no procede únicamente de la lectura sino que mana



*La calle de la Plaza a principios de este siglo en un día de feria.*

naturalmente de su personal curiosidad, como puede comprobarse en las líneas en que evoca, recurriendo al tópico clásico del *ubi sunt*, el glorioso pasado de las casas nobiliarias que aquí tuvieron asiento. A la perentoria llamada que hace para la restauración de la iglesia de San Francisco se une la presencia de un sentimiento de melancólica nostalgia, similar a aquel que experimentan don Pedro Moscoso y Nucha tras visitar el ruinoso pazo de Limioso, símbolo como el de los Ulloa de un esplendor ido ya para siempre. Doña Emilia hace aquí explícito ese sentimiento que años atrás había localizado en el corazón de sus personajes novelescos. Ahora ya no habla a través de un narrador interpuesto entre ella y el lector, sino que emite a título personal su propia opinión. Con todo, se percibe una voluntad de regeneración, un optimismo capaz de recuperar, al menos en parte, el

recuerdo del pasado. Si la piedra llora, el paisaje es risueño. Esta es la impresión que se desprende de este texto –costumbrista en la forma pero eminentemente pardobazaniano en su poso sentimental– que ahora presentamos con gusto al lector brigantino tal y como apareció (tan sólo hemos suprimido las tildes que iban sobre los monosílabos) en *El Imparcial* el 24 de Julio de 1893.

## EL "MEDIADO" EN BETANZOS

Según avanzábamos por el ancho camino real, entre doble fila de olmos y castaños, íbamos encontrando señales de la animación de la feria. Ya una mesa puesta a la sombra de un árbol, cubierta con blanco mantel, cargada de rosquillas y vasos de *resolio*; ya una exposición de cestas de fruta; ya una tienda de pañuelos de zaraza; ora una aldeana custodiando una veintena de espeluznadas gallinas, que cloqueaban lastimosamente al sentirse amarradas por las patas; ora un chucuelo guiando una pareja de becerrillos o llevándose de calle a tres o cuatro rosados lechones, limpios, ágiles y cómicamente feos.

Dejada atrás la barroca capilla de la Angustia, al desembocar en la revuelta de la carretera desde donde ya se descubre el río y encima el pueblo de Betanzos, tuve un momento de sorpresa deliciosa, como si gozase por primera vez tan admirable vista. Quizás nunca la había disfrutado bajo un sol claro y espléndido, o quizá en otras ocasiones no la supe mirar, que de esto nos sucede mucho con los lugares que nos son familiares desde la niñez.

Al pie de la colina donde se agrupaba con pintoresco artificio el caserío de Betanzos, tendíanse los esteros a manera de tapiz cosido a retazos de raso azul celeste, el azul del agua, y felpa verde pálido, finísima de color, el tono de los juncales. Y cuando digo el caserío de Betanzos, no

se imagine nadie un conjunto apelmazado de esas insípidas grilleras modernas, tan aburridas, tan previstas, de tan necia regularidad, que dan ganas de morirse porque recuerdan el encasillado de las necrópolis. El caserío de Betanzos –a pesar de la plaga reinante de las mejoras y ensanches y de la fatalidad de las reconstrucciones, que hacen estragos, sobre todo en las calles principales –conserva aún muchas más paredes, puertas y ventanas de los siglos XIII, XIV y XV que del actual. En Betanzos debiera practicarse lo que en Nuremberg: edificar lo nuevo al modo antiguo, respetando ni miamente la rica originalidad, la variedad fresquísimas de las moradas viejas.

Los ojos no se cansan de escudriñar tanta caprichosa filigrana como enriquece este caserío rancio. No me encantan solamente los palacios señoriales que valieron a Brigantium ser equiparada a Avila y llamada Betanzos de los Caballeros, no; las callejas donde habita la gente artesana, lucen en sus casuchas la misma graciosa diversidad, la misma profusión de arcos apuntados, ventanas góticas, saledizos sostenidos en postes que parecen columnas de claustro, solanas atrevidas llenas de arbustos en flor, recodos que son jardines colgantes, soportaladas curiosas, escalinatas exteriores de desgastados peldaños, y puertas venerables de arco rebajado y elegantísima traza. La serie de casas que bañan sus pies en el río y las hiladas de hórreos al ingreso del puente evocan por su forma el recuerdo de las primitivas ciudades lacustres que aquí debieron de existir y que sobre los pilotes tradicionales se alzan aún en ciertas islas oceánicas.

Muchas calles se precipitan hacia el río en tan rápida cuesta, que desde arriba asusta, aun cuando la bajada poco tiene de peligrosa. De improviso, entre las viviendas humildes, pero rientes, y hermosas según el arte, surge el nobiliario caserón, con su portada aparatosa, su

enorme escudo heráldico, sus cerradas ventanas, su nostálgico aspecto de nido vacío, o la soberbia iglesia ojival presenta su esbelto pórtico y recorta sobre el despejado cielo la cruz floreada, sostenido por los anchos lomos del puerco bravo de los Andrades, nuestros Médicis. —¡Cómo han ido volando lejos las familias ilustres que en otro tiempo residieron en Betanzos! Acaso no quedan ya en su recinto sino los Valderramas, algún Piñeiro y creo que también los Romay. Pero ¿dónde están los descendientes de esos Andrades, cuyo torreón feudal, en Puente deume, desmoronan poco a poco las intemperies y los años: dónde los Taboadas, los Figueroas, los Bendañas, los Macedas? Aquí mantienen fielmente su puesto de honor los que duermen, armados de punta en blanco, bajo las bóvedas de la iglesia de San Francisco (3); los vi-

vos se han dispersado, nos hemos dispersado (4), pudiera decir, pues casi todos esos nombres son de parentela más o menos próxima, y por lo mismo me infunden mayor sentimiento de melancolía.

Algunos palacios aparecen ruinosos, otros, en mejor estado, cesaron de pertenecer a sus antiguos dueños. La iglesia de San Francisco, panteón general del señorío de Betanzos, privada ya de su claustro bellissimo, pide con urgencia reparación, si no se quiere que bien pronto el agua llovediza rebote sobre el sarcófago de Fernán Pérez de Andrade, *el Bueno*, el que sembró las Mariñas de puentes, iglesias, monasterios y hospitales, dejando por doquiera las imágenes [sic] del oso y el jabalí de granito que hoy sostienen su tumba como símbolo del poderío y la munificencia de una casa semi-real (5). Si por casualidad los duques de

(3) El Convento de San Francisco fue levantado en 1387 por Fernán Pérez de Andrade, que mandó erigir el templo y el monasterio a sus expensas para la comunidad. Su hermosa arquitectura recuerda los mejores tiempos del arte cristiano y es panteón de la antigua nobleza brigantina. En el siglo XVI se ensanchó y en el XVIII recibió numerosas fundaciones. Tomamos todos estos datos del libro de Manuel MARTINEZ SANTISO, *Historia de la ciudad de Betanzos*, La Coruña, Diputación Provincial de La Coruña, 1987, Facsímile de la edición de 1892 (contemporáneo por tanto del artículo de Pardo Bazán). En la pág. 257 se nos dice: "En el pavimento de la capilla mayor están sepultadas personas de alta aristocracia; cada piedra de aquel pavimento corresponde a un panteón y allí están varios condes de Taboada, marqueses de Bendaña, Doña Ursula Menéndez de Tejada y su esposo, antepasados de la casa de Romay, comendadores, corregidores, priores y otras personas, todas de distinción". Corroboramos, en vista del texto transcrito, la exactitud de los datos que sobre el convento proporciona la autora coruñesa. En la pág. 261 continúa Martínez Santiso, "Otro motivo para sentir predilección por el Convento de San Francisco: todos procuraban recibir en él sepultura. En el presbiterio y en las capillas se enterraban los señores y gentes poderosas; en el cuerpo del templo los ciudadanos ricos, que conseguían sustraerse a la jurisdicción de los párrocos y debajo del coro los frailes, destinándose la primera fila para los guardianes y jefes de la comunidad".

(4) Doña Emilia, Condesa de Pardo Bazán a partir de 1908, tiene a gala incluirse siempre entre las familias nobles. No en vano lo era por nacimiento. Dalmiro de la Válgoma ha estudiado en detalle su árbol genealógico (Cfr. *La Condesa de Pardo Bazán y sus linajes nobiliarios*, Burgos, I<sup>da</sup> Burgalesa de Aldecoa, 1952).

(5) En un trabajo titulado "Las residencias señoriales", escrito en 1912, describe con pormenor los castillos, pazos, quintas y caserones que esmaltan el área próxima al Balneario de Mondariz (Pazos de Ribadavia, Sobroso, Monterreal, Liñares, Ribadulla...). En este artículo —que aparecerá en la revista *Pro Patria*, n<sup>o</sup> 12, 1920— se echa de ver su interés por las viejas moles arquitectónicas habitadas por familias de alto copete. En el texto que nos ocupa incide especialmente en los blasones nobiliarios —elemento que tampoco olvida a la hora de caracterizar a los antepasados de muchos de sus personajes—. Martínez Santiso dice a este respecto: "Las armas de la casa de Andrade, que se ven con profusión en las iglesias y aun en edificios particulares de Betanzos, son un escudo de campo o fondo azul, dos cabezas de serpiente de oro en el primer ángulo de la izquierda y el opuesto, y una banda roja desde una cabeza a otra, con las palabras AVE MARIA y el resto de la salutación angélica alrededor del escudo en una orla roja. Por su enlace con la familia de Lemos tienen seis roeles rojos en campo de oro. También tenían un oso y un jabalí por armas, y la cabeza de un lobo, y de todas ellas hay ejemplares en las tres iglesias antiguas de Betanzos y en muchos escudos de casas particulares, que son señal evidente de que los primitivos dueños de ellas descendían de la familia de Fernán Pérez de Andrade" (*Op. cit.*, pág. 268)

Alba llegasen a tomar en sus manos el número de *El Imparcial* donde vea la luz este artículo, no olviden que ellos representan hoy la estirpe de Andrade, y que no puede haber entre los ricos blasones de su prosapia, otro mejor que el de estos osos, y jabalíes, cuyo origen tiene algo de mítico y fabuloso. Sin excesivo dispendio se prolongaría la vida de la iglesia de San Francisco de Betanzos, y se colocaría a su cabeza, en el verdadero lugar que le corresponde, el sepulcro del huésped y grande amigo del rey Enrique el de las Mercedes, Fernán Pérez o bóo (6).

Volviendo a la feria, imaginaos pueblo de tal interés arquitectónico y de tan pintoresca situación, inundado por una muchedumbre vestida como aquí visten, no sólo en día festivo, sino a diario, aldeanos y aldeanas; con un derroche de colorines vistosos y gayos, pañolones amarillos, anaranjados, rosa vivo con flores verdes, fajas moradas y rojas, trajes de percales claros y chillones, en las mozas; camisas y calzones blancos limpísimos en los mozos; figuraos los puestos de mercera, cintas y cordones, el inmenso armatoste del buhonero que expende calendarios americanos; la exposición de cacharros, ollas y cuncas, cuyo vidriado reluce al sol; la batería de potes, sartenes y trébedes; el relampaguear de los peroles de cobre; y en la gran plaza central, que adorna verde cortina de frondosas acacias, el ir y venir de la gente, hormigueando, regateando, empujándose, mientras las campanas de las iglesias llaman a misa, —y difícil será que así y todo forméis idea de la alegría y vida de estas ferias, hoy decadentes, según afirman los

que de antaño las conocieron (7).

¿Qué se vende en los primeros y mediados de mes en la veneranda metrópoli [sic] de Breogán el celta? Todo lo que necesita para su humilde y sencillo vivir el aldeano. La reja del arado con que rasga la tierra y la hoz con que siega el prado mullido; el cuenco grosero en que bebe leche purísima y el pote de hierro en que cuece su pobre caldo; la tela con que viste su cuerpo y el zueco con que calza su pie; la berza y la cebolla, el maíz, el trigo y el centeno, el sabroso pan blanco llamado *regueifa*, gala de las solemnidades, y la compacta brona, frugal sustento diario que desdeñamos los que, nacimos aquí; la yunta de gruesos y pacíficos bueyes y el caballejo diminuto de infatigable y sobria raza; en suma, cuanto ha menester el labriego y aun algo más, algún artículo de lujo, que en otros tiempos ni sabía que existiese, y que hoy adquiere y usa, como palanganas, tenedores de hierro, loza blanca, tiras bordadas para las enaguas de las rapaciñas y hasta juguetes alemanes, tiesos hulanos [sic] de plomo, embeleso e ilusión de los rapazuelos descalzos, de rubia testa.

Si yo dudase de lo que van cundiendo las delicadezas y refinamientos en el campo, me sacaría de mi error la invitación que recibí en la misma plaza de Betanzos. La señora Rufina de Souto, rica labradora, que me conoció de pequeña, vino a convidarme para la fiesta patronal de su parroquia, asegurándome que me tenía preparada mi cama con sábanas guarnecidas de encaje, y colcha buena. Yo no sé si ir a la fiesta, pero sí que me cayó en gracia el convite, hecho con la

(6) Doña Emilia hace votos por que se restaure un monumento de tal importancia. También se lamentaba Martínez Santiso en 1892 del estado ruinoso del convento que pronto afectaría a la iglesia, "*sin culto apenas y amenazando venirse a tierra*" (pág. 261). Este autor habla del incendio que destruyó gran parte del convento en el primer tercio del siglo XVIII y de cómo fue reparado por medio de limosnas y suscripciones. En 1835 hubo de sufrir la exclaustación de sus religiosos y el despojo de sus bienes debido a la desamortización.

(7) El párrafo que aquí se cierra es el segmento más arriba evocado por la belleza del estilo con que está escrito, por el detallismo de la descripción enumerativa y por lo rozagante de su colorido.

más sincera y franca voluntad por la excelente anciana. A ti, lector, te sucederá lo propio. Estas cosas de la tradición tienen un perfume divino: huelen a incienso y a cedro; diríase que nos rejuvenecen.

Fue también la señora Rufina la que me enteró de cierto compromiso que sin saberlo tengo pendiente, ¡hace la friolera de diecisiete años! Es el caso que cerca de Betanzos se alza el santuario de la milagrosa Santa Aya de Espenuca, a la cual me ofreció la señora Rufina, para que la bienaventurada me concediese sucesión.

Habiendo cumplido su compromiso la santa (8), yo no cumplí la oferta. Puedo alegar que la ignoraba completamente; pero así y todo, siento confusión y rubor y pido a Santa Aya que disculpe mi morosidad. Antes debí visitarte, oh bendita Santa Aya de Espenuca! porque eres de lo más arcaico, de lo más respetable, de

lo más candoroso y tradicional de esta encantada región. Te pagaré los atrasos, aunque Rufina me ha dicho que la gallina viva ofrecida como dádiva corre exclusivamente de su cuenta. Sí, veremos a Santa Aya, y tal vez daremos de ella noticia. De fijo tendrá mucho que contar la romera de la cueva o espelunca.

Con tales propósitos salimos de Betanzos, protestando de que no sea más alabada y frecuentada de los viajeros ciudad tan linda, cercada de tan incomparable paisaje, y llevándonos como recuerdo de la feria una jaca, adquirida por el precio de cuarenta y siete pesetas cincuenta céntimos, menor que un perro danés y destinada a obsequiar a una Carmen (9), porque todo esto sucedió el mismo día en que Nuestra Señora echa la bendición al mar, o sea en la fiesta del Carmen, 16 de Julio. ♦



(8) En efecto, Emilia Pardo Bazán había sido madre por primera vez en 1876, al nacer su hijo Jaime. Han transcurrido, pues, diecisiete años desde entonces, puesto que nos hallamos en 1893.